

TRABAJO, SUBJETIVIDAD Y ACCIÓN:

Desempleo, sentidos y acción colectiva.

Congreso ASET 2005

Martin Retamozo
martinretamozo@yahoo.com.ar
FHCE-UNLP
FLACSO-México

En mi opinión, se ha prestado una atención teórica excesiva (gran parte de la misma claramente ahistórica) a 'clase' y demasiada poca a la 'lucha de clases'. En realidad, lucha de clases es un concepto previo así como mucho más universal. Para expresarlo claramente: las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase. La clase y la conciencia de clase son siempre últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico"
(E. P. Thompson, 1979:37)

Resumen

Este trabajo constituye un análisis de las condiciones de posibilidad que operaron en la emergencia del Movimiento de Desocupados en Argentina. En tal sentido, se propone una reconstrucción de algunos procesos postulados como claves para comprender la emergencia de acciones colectivas de protesta protagonizadas por desocupados. Apartándonos de visiones mecanicistas y espasmódicas de la historia, la presente ponencia busca revalorizar los espacios de subjetividades y experiencias colectivas como ámbitos relevantes para la comprensión del accionar tanto disruptivo como comunitario del Movimiento de Desocupados. En tal direcciones se defiende la idea de que la profunda reestructuración de las clases populares en los últimos años, por un lado tuvo un impacto en los sujetos al situarlos en relaciones sociales que afectaron formas históricas construidas para dar sentido a esa situación y accionar en ella. Por otro lado, el cambio de las condiciones de sociabilidad abrió espacios nuevos de disputa por la construcción de sentidos y permitió la reapropiación de experiencias y herramientas para la conformación del movimiento. Este proceso de configuración de subjetividades colectivas, se argumenta, es un elemento clave

para la apropiación de repertorios de acción, la resignificación de experiencias históricas en nuevas organizaciones y, en definitiva, una experiencia para un sector de la clase trabajadora en Argentina

El trabajo que presentamos a continuación se inserta en una preocupación más amplia vinculada con la pregunta sobre la constitución de sujetos y subjetividades colectivas, especialmente a los procesos de acción, la identidad y los movimientos sociales. En este contexto, la presente ponencia propone plantear algunos ejes para el debate en torno a la subjetividad y el trabajo en el caso de los Movimientos de Desocupados en Argentina inscriptos en el territorio del Conurbano Bonaerense. En esta perspectiva no buscamos arribar a posiciones concluyentes sino abrir espacios de discusión vinculados a los procesos históricos por los que atraviesan sectores la clase trabajadora en Argentina y su futuro.

En forma amplia, podemos decir, nos impulsa un interés por los procesos de constitución de los Desocupados como sujetos sociales y los aspectos de construcción subjetiva que posibilitan la acción de una amplia masa de trabajadores en un espacio que conjuga serios problemas de empleo con situaciones de vulnerabilidad, desafiliación (Castel, 1997) y deterioro en las condiciones de vida. De esta manera la presente ponencia se analizan las condiciones de posibilidad y constitución de las acciones colectivas que un sector de la clase trabajadora argentina construyó como respuesta a (y en) las nuevas condiciones signadas por el aumento del desempleo, la precarización, la pobreza, la desigualdad, y que tuvieron por resultado uno de los fenómenos de movilización social más relevantes de los últimos años.

En el camino de comprender la movilización de los desocupados en Argentina se han desarrollado una amplia gama de trabajos desde diversos puntos de vistas epistemológicos, teóricos, disciplinarios y políticos. Particularmente y frente a la idea de que las acciones de los desocupados se origina en una reacción a las condiciones de pobreza y marginalidad a la que fueron arrojadas millones de personas, creemos conveniente establecer una observación medular a los argumentos aquí presentado: el

deterioro en las condiciones de vida de amplias capas de la población no explica por sí mismo la emergencia de respuestas colectivas como las de los Desocupados, tanto las acciones directas y disruptivas como las de matriz cotidiana y comunitarias¹. En esta perspectiva, proponemos como eje articulador poner en cuestión una visión que asocia el deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora desempleada con una reacción inmediata en acciones de protesta, y reemplazarla por una concepción que incluya a los espacios de construcción de subjetividades colectivas como mediaciones entre estructura y acción (De la Garza, 2001). En otras palabras, esto significa en nuestro caso de análisis, postular que entre dos acontecimientos sociales: los conocidos procesos de reestructuración de las clases subalternas que alteraron las condiciones de sociabilidad, por un lado, y la visibilidad de las protestas y organizaciones, por el otro, lo que postulamos es que operan espacios subjetivos que hacen posible la consecución de acciones colectivas².

En esta perspectiva consideramos necesario reparar en el carácter de proceso social de las protestas que son complejas y dinámicas construcciones colectivas por parte de sujetos y actores que se (re)constituyen en ese mismo proceso. El presente trabajo busca dar cuenta, especialmente, de los aspectos de mediación subjetiva (incluidos los identitarios) puestos en juego por grupos pertenecientes a un sector de la clase trabajadora -los desocupados- en el marco del nuevo orden que les han permitido el desarrollo de acciones colectivas tanto disruptivas como cotidianas y erigirse, como dijimos, en uno de los movimientos sociales más novedosos de la era neoliberal.

¹ Esta afirmación se deriva además de consideraciones epistemológicas. Los elementos puestos a jugar en la explicación de la acción colectiva, deben también orientar la explicación de su ausencia.

² Cabe dejar claro desde el inicio que no pretendemos reducir el fenómeno de los Movimientos de Desocupados a una especie de subjetivismo o voluntarismo. Sino que buscamos ofrecer una lectura que no caiga ni en un reduccionismo subjetivista ni en un mecanicismo estructuralista, a partir de proponernos reconstruir la dinámica en que se relacionan estructura, subjetividad y acción. Evidentemente los procesos subjetivos no son los únicos elementos que juegan un papel explicativo en la acción de protesta, también existen aspectos como la organización, la experiencia, los recursos y los contextos de oportunidades que inciden. No obstante estos elementos, necesariamente están impregnados de carga subjetiva.

II. Neoliberalismo: nada será lo que fue entonces: sociabilidad, hegemonía y subjetividad

Los procesos de implementación e impacto de las llamadas reformas neoliberales en América Latina suponen espacios analíticos cruciales sin los cuales es impensable una comprensión de los cambios experimentados por la acción de sectores populares. Esto porque los trastocamientos estructurales tendientes a reforzar la presencia del mercado como mecanismo de coordinación social, la ampliación de sus espacios de incumbencia y la consecuente reconversión en las funciones y los sentidos del Estado, produjeron verdaderos sismos en la organización de las sociedades de la región. En tal sentido, la consolidación del proyecto hegemónico neoliberal tuvo implicancias económicas, políticas y culturales con terribles consecuencias para los pueblos latinoamericanos.

El caso de Argentina resulta particularmente ilustrativo de la profundidad y las dimensiones de un reordenamiento social que excede el plano económico y que tiene impactos en los espacios simbólicos y de participación política de amplias capas de los sectores subalternos. En nuestro país, este proceso histórico de reestructuración tiene sus raíces en el proyecto de disciplinamiento social impuesto por la última dictadura militar. No obstante, es indudable que fueron los años noventa el escenario de la profundización de “otra” catástrofe social debido, en gran parte, a las llamadas “reformas estructurales” que consolidaron y profundizaron las líneas planteadas hace treinta años.

a) Mundo del Trabajo: Cambios en las formas de sociabilidad de los sectores populares

Hay un acuerdo bastante extendido entre los estudiosos de la realidad argentina en identificar que la situación de deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares en el país tiene es un proceso que data de mediados de la década de los setenta y que se manifiesta en aspectos como aumentos de la pobreza y la desigualdad en un

marco de un acelerado endeudamiento externo y de desindustrialización (Palomino, 2003; Beccaria 2002; Bayón 2003).

No obstante, y teniendo en cuenta la historicidad del proceso es evidente que las transformaciones de los noventa supusieron una profundización reordenamiento del Régimen social de Acumulación. No nos referiremos en profundidad a los pormenores de la implementación de las políticas de reformas ni a las condiciones nacionales e internacionales que las hicieron posible. Sin embargo, sí cabe a los fines que pretendemos en este trabajo observar en qué sentido constatamos que las condiciones de sociabilidad de la clase trabajadora en Argentina evidenciaron una reestructuración profunda en la década del noventa³. Al hablar en un cambio en las formas de sociabilidad nos referimos a transformaciones en los espacios y las maneras en que los hombres y mujeres establecen relaciones sociales en los diferentes ámbitos del mundo de la vida. Este cambio supone una alteración de los espacios en que se generan lazos sociales, lo que a su vez producen una experiencia colectiva particular de aspectos como el trabajo (incluido el no trabajo), el territorio, el ocio, los afectos, las formas de participación, las representaciones sociales etc. Las nuevas condiciones laborales estuvieron marcadas por el aumento del desempleo, la informalidad, la flexibilización en un marco general de descolectivización y de la reconversión de las funciones del Estado en lo que respecta, por ejemplo, a sus formas de regular aspectos como la salud y la educación.

El impacto del reordenamiento en el mundo laboral para los sectores populares argentinos supuso la afección del trabajo en tanto centro organizador de la vida de las personas. Con esto no queremos decir que la centralidad del trabajo en la vida del hombre haya desaparecido. Por el contrario nos lleva a interrogarnos por el papel del trabajo en la conformación de los sujetos y su relevancia en la conformación de las identidades y

³ Más allá del debate sobre si la política económica constituyó una variación sustancial del rumbo económico de desmantelamiento del modelo de Sustitución de Importaciones, nuestro interés se refiere al evidente impacto en las relaciones sociales y en los contextos de construcción de identidades sociales y acción.

subjetividades en las sociedades contemporáneas y periféricas. Esto especialmente en un contexto que evidencia la inadecuación de los vaticinios del fin del trabajo que se fueron lanzados desde varias perspectivas que incluyen enfoques que postulan el fin del trabajo y el advenimiento de sociedades posmateriales, (Rifkin, 1996); otros que refieren el agotamiento del modo de producción que genera a la clase trabajadora (Gorz, 2001) juntos a otros posmodernos que predicaron el cambio de la ética del trabajo a la ética del consumo (Lipovsky, 1986) Todos estos enfoques, cabe recordarlo, tienen su origen en los países centrales y trata de ser respuestas a los avatares de esas sociedades, aun cuando dentro de los mismos contextos hayan sido muy polémicos y en modo alguno ampliamente aceptados. La improcedencia de estos enfoques para explicar el proceso del capitalismo actual y la necesidad de pensar el problema del trabajo en los países periféricos hacen aún relevante el replanteo de esta temática.

En nuestro caso, la necesidad de repensar la esfera del trabajo en la constitución de las identidades sociales se hace aún más urgente cuando enfocamos nuestra atención a los nuevos procesos de movilización social presentes Argentina, donde los sujetos, aunque superan la dimensión laboral acotada para elaborar sus acciones, encuentran en el mundo del trabajo (en un sentido amplio) un espacio tanto de confrontación como de formación de identidades, subjetividades, organizaciones y proyectos. De esta manera es necesario dar cuenta de los espacios de sociabilidad vinculados al trabajo y su diversificación, como así también a otros lugares de experiencia de los trabajadores en su vida cotidiana o política y de cómo éstos impactan en la posibilidad de intervención colectiva.

La particularidad de los desocupados inmersos en un proceso de subjetivación y movilización social invita a replantear las dimensiones y potencialidades constitutivas de las esferas vinculadas al trabajo. En este tema, autores como Offe (1989) han argumentado que la fragmentación del mundo del trabajo en el capitalismo actual le impedía seguir teniendo la relevancia de antaño para la formación de identidades. Sin embargo, estos aspectos de diversidad del espacio laboral no son novedosos en la historia obrera puesto que la supuesta homogeneidad de la antigua clase trabajadora

nunca fue tal, algo que han mostrado los de historiadores ingleses como Hobsbawm o Thompson. La fragmentación del mundo de la vida no es propia de las sociedades contemporáneas y la heterogeneidad es una característica histórica de los campos de experiencia de los trabajadores, aunque en la actualidad éstos se redefinan. En el caso que nos ocupa la redefinición del trabajo, por ejemplo, le implica para sectores de clase una nueva vinculación con el no-trabajo, una novedosa territorialidad y una concomitante reconversión de la forma de reproducción, del tiempo libre, una nueva relación con el barrio, la familia, los amigos, etc.

En este sentido, la evidencia de la fragmentación y la diversificación de los espacios de experiencias de los trabajadores no es un argumento de peso para hablar de la no centralidad del mundo del trabajo en la conformación de los sujetos sociales. Aunque sí debe advertirnos la necesidad de un análisis de los cambios estructurales que en determinadas sociedades y en períodos históricos específicos tienen lugar en el mundo del trabajo y los procesos de conformación de subjetividades en la experimentación colectiva de tales situaciones concretas. En nuestro caso son especialmente relevantes los impactos que las nuevas formas de trabajo (flexible, precario, informal) y la experiencia de la desocupación tienen en las posibilidades de hablar de sujetos sociales y organizaciones laborales.

Particularmente relevante es, en la perspectiva que estamos planteando, la investigación de las formas en que se articulan los diferentes espacios de sociabilidad donde los sujetos se conforman. Espacios, estos, que se han transformado profundamente en los últimos años en Argentina. De este modo, si los historiadores ingleses han demostrado que los ámbitos extra fabriles también son espacios donde los trabajadores experimentan y construyen identidades, en la actualidad del país los estudios de la clase obrera deben, necesariamente, incluir estos otros espacios del mundo de la vida en los cuales los trabajadores se hayan inmersos y son igualmente relevantes para el estudio de los sujetos

obreros. El barrio, sin dudas, es uno de ellos, especial e históricamente para los desocupados en el Conurbano.

La investigación de los nuevos espacios de experiencia de la clase obrera debe complementarse con una atención al problema de cómo las nuevas condiciones de la producción capitalista impactan en la conformación de subjetividades e identidades en el mundo contemporáneo y especialmente en Argentina. Claro que las relaciones sociales de producción no determinan las identidades y subjetividades mecánicamente, ni los sujetos son productos immanentes de las contradicciones de las nuevas condiciones de acumulación del capital, pero tampoco es posible ignorar la estructuración de relaciones sociales donde se desarrolla la asignación de sentido y la acción, y de cómo éstas impactan en nuevas estructuraciones⁴. Un espacio que adquiere determinada estructuración y que es percibido, vivido y experimentado por sujetos que les dan un sentido específico. En este contexto la pérdida de las certezas y la contradicción entre expectativas y las nuevas relaciones sociales por parte de los sectores de trabajadores que habitan el conurbano bonaerense tiene un impacto en las identidades populares y las formas de acción colectiva. La caída del universo del trabajo, la crisis de mecanismos de representación, las transformaciones del peronismo y la experimentación de un reordenamiento en la percepción del tiempo y el espacio de las clases subalternas proponen nuevos contextos donde construir la identidad y la acción de, al menos, parte de la clase trabajadora.

Por lo expuesto, se hace evidente que en el caso que nos ocupa y al interrogarnos sobre el Movimiento de Desocupados, es necesario reintroducir la esfera del trabajo. Como espacio de experiencia, de reproducción, creación y constitución de subjetividades, la desocupación no puede agotarse en la condición de ausencia de trabajo, sino como una experiencia activa y colectiva en el escenario reconfigurado de las formas de sociabilidad

⁴ Lo anterior resulta en una tarea epistemológica: identificar el conglomerado de estructuras que presionan y son condiciones de posibilidad de acciones, a la vez que indagar en los procesos subjetivos de dotación de sentido. Esto para reconstruir el proceso concreto en un nivel más abstracto apuntando a postular las relaciones entre estructura, subjetividad y acción.

subalterna en la argentina en los años noventa. Ahora bien, la posibilidad de la constitución de nuevas subjetividades colectivas no es sinónimo de su materialización concreta y mucho menos de su carácter transformador, crítico o contrahegemónico. Como proceso social, la conformación de los sujetos colectivos es indeterminada y escenario de las tensiones propias de las subjetividades entendidas como configuraciones de sentidos que no componen un todo homogéneo y admiten la discontinuidad, la fragmentación y la heterogeneidad tal como, esperamos, quedará más claro la sección que viene. En tal aspecto, la acción como acto con capacidad de creación, también puede reproducir el orden social o partes del mismo (prácticas) aunque por lo mismo puede convertirse en una praxis transformadora con potencialidades y límites en un proceso abierto. La experiencia del desempleo, en este caso, se constituye como un espacio de conformación de subjetividades en el marco de un orden social que claramente disputan e inciden en él.

b) Cultura: Hegemonía Neoliberal ¿y después?

Estudios de los últimos años (Portes y Hoffman 2003) advierten sobre la supuesta paradoja de las reformas que, mientras desmantelaron la capacidad productiva del país y arrojaron un pésimo desempeño en aspectos sociales (pobreza, desocupación, desigualdad) parecían haber logrado un nuevo tipo de disciplinamiento en lo que refiere a la capacidad de organizarse y elaborar alternativas viables al modelo neoliberal por parte de los sectores populares y, en especial, la clase trabajadora. No obstante la imposibilidad de elaborar alternativas articuladas por parte de las clases subalternas al “pensamiento único,” durante prácticamente toda la década del noventa, el país fue testigo de muchas y diversas acciones colectivas que, es cierto, no lograron detener el proceso puesto en marcha por el bloque dominante (En parte debido a la misma fragmentación de las luchas), pero que constituyeron espacios de resistencia y contribuyeron a la puesta en crisis del régimen con los estallidos de diciembre de 2001.

No corresponde aquí detallar las causas de la imposibilidad de las organizaciones populares para revertir la situación de dominación, por lo tanto sólo abordaremos los directamente involucrados en el proceso que nos interesa trabajar aquí.

Uno de los aspectos centrales en el proceso histórico de los últimos años, y que permite dar cuenta de las posibilidades y alcances de las acciones populares se vincula al plano cultural. La hegemonía del pensamiento neoliberal como dispositivo de control social supone una dominación de sentidos comunes y una operación subjetivante. Esto es, la presencia de códigos de significación dominantes que inciden en la construcción de sentidos por parte de los sectores subalternos. Básicamente, a mediados de la década del noventa éstos se constituyen en contextos de descolectivización de las interacciones sociales en el marco de un incremento de la competencia individual. Allí, la idea de la responsabilidad individual y la libertad de elección en mercados que se autoproclamaban el reino de la libertad, pretendía justificar que la situación derivada de las elecciones supuestamente libres de los hombres era, además, justa. Esta construcción discursiva de poder y disciplinamiento se extendió en importantes segmentos de la sociedad.

Los estudios como los de Minujín y Kesser (1995) refirieron desde principios de los noventa la existencia de “sujetos derrotados, culpabilizándose por lo que les acontecía como si eso hubiese sido producto exclusivamente de sus malas decisiones. No alcanzaban a percibirse a sí mismos como parte de un colectivo que los uniera y los vinculara” (Gonzalez Bombal 2002:98). Este proceso afectó a todos los que “perdieron” (Svampa 2001) con la implementación del nuevo modelo neoliberal, ya sean sectores medios que se empobrecieron (“los nuevos pobres”) o los sectores populares tradicionales.

Es decir, el dispositivo del mercado como mecanismo de coordinación social supuestamente legítimo y conveniente, buscó producir una nueva forma de subjetivación culpógena y disciplinaria en los que “perdían” alimentada por la promoción de la competencia, el individualismo y el consumismo como sentidos extendidos. La situación de permanecer sin empleo, entonces, aparecía como responsabilidad individual en tanto

la persona ya no estaba preparada, no era útil o no ponía suficiente empeño en conseguir trabajo. Este discurso de dominación construía el problema de la desocupación en torno a una problemática individual y estigmatizante que inhabilitaba formas políticas de acción. No obstante, los Desocupados se rebelaron frente a formas específicas de la subjetivación neoliberal y rompieron con dispositivos de control que los sujetaban a ciertos “nombres” (Ranciere 1996) El enigma, entonces, es explicar como desde esta situación se pudo construir procesos de acción social de protesta.

La relación conceptual entre cultura y subjetividad que proponen algunos autores tal vez permita avanzar en este problema hacia la comprensión de las acciones colectivas aún en momento de marcada hegemonía neoliberal. Para el estudio de los movimientos sociales es heurístico pensar en un entramado conceptual de cultura como un espacio de acumulación de sentidos producto de procesos sociales e históricos donde ciertos sentidos permanecen subalternizados pero pueden ser puestos en acto en procesos de configuración subjetiva. A esta afirmación, indudablemente en exceso amplia y en modo alguno original, es necesario hacerle algunas precisiones: Los procesos de producción y acumulación de significados presentes en la cultura están embebidos de poder, de manera tal que no es posible pensar la cultura como una sumatoria aleatoria de significados que se encuentran en un momento determinado. Lo anterior por dos motivos fundamentales. Primero porque los sujetos colectivos producen, reproducen y crean significados especialmente a partir de configurarlos en conglomerados para dar sentido que están estrechamente vinculado a sus propias cosmovisiones del mundo, intereses e identidades. Además lo hacen en un proceso de conflicto constante por esos significados. Así, la producción, acumulación y sedimentación de significados es un proceso donde se hace presente el poder y algunos significados adquieren el carácter de hegemónicos y opacan o subalternizan otros que sin embargo pueden ser reconocidos por los sujetos en determinadas ocasiones (Gramsci 1977). Segundo, por el carácter histórico de la producción de los sentidos en las sociedades, en tanto el cúmulo de significados que preceden a los hombres y a la conformación de sujetos sociales que son pesados producto

de acciones anteriores sobre la cabeza del presente. Esto no quiere decir que el pasado, los significados dominantes, las tradiciones, etc., se impongan a los hombres. Por el contrario, las subjetividades median estos significados articulándolos en configuraciones para dar sentido que son móviles y dinámicas, y que si bien pueden reproducir los sentidos dominantes también pueden construir espacios para la creación de nuevos sentidos a partir de mover códigos subalternizados (pero también presentes) en la cultura. La movilización de códigos subalternizados, las experiencias y las acciones que estas generan abren escenarios de conflicto social.

Lo que estamos argumentando es que los grupos, conglomerados o clases sociales pueden movilizar significados que constituyen el conflicto y un espacio de lucha. El terreno de la cultura, así –como lo había advertido Gramsci- se transforma en un campo de disputas y de construcción de visiones del mundo. La reproducción de sentidos dominantes correspondería a formas de consolidación del orden social, mientras que la reelaboración de sentidos por parte de los sujetos pondría nuevos desafíos al ordenamiento, particularmente cuando la subjetividad se constituye de códigos que condensan sentidos genera la intervención mediante la praxis. Este proceso de una nueva configuración subjetiva es un elemento que ayuda a comprender la movilización de los Desocupados.

Si la cultura, como sostenemos, puede entenderse como un entramado denso de significados que se van acumulando, sedimentando y articulando, que suministra e impone elementos para los procesos de configuración subjetiva y en dónde la discontinuidad está presente, es lógico que también ésta se haga presente en la subjetividad. No obstante, no hay que confundir o asimilar subjetividad y cultura aunque los dos se refieren a “códigos” implicados en procesos de dar sentido. Si analizamos los momentos de formación de la cultura invariablemente nos debemos preguntar por los procesos sociales que produjeron los sentidos dominantes y cómo éstos se constituyeron como tales. Mientras tanto, consideramos que la subjetividad moviliza esos códigos de dar sentido articulándolos mediante formas complejas de razonamiento (deductivo, inductivo, sentido común, analogía, hipergeneralización, etc.,) y redescubriendo los

sentidos opacados en la cultura que son puestos a jugar en un proceso de significar situaciones concretas. En tal camino mientras que la cultura proporciona “los signos con que nos hablamos, las maneras mediante las cuales operamos, la autoridad con que revestimos nuestras opiniones o las del otro, el contenido fragmentario de nuestros sueños, las formas inagotables del deseo, las melodías de los cuerpos, los dioses que adoramos” (Brunner, 1992:19-20), los procesos subjetivos articulan y reconstruyen estos sentidos en las situaciones concretas.

Ahora bien, la introducción del elemento de poder para evitar observar a la cultura como una mera acumulación de significados nos lleva directamente al concepto de hegemonía. En referencia a la cultura, la hegemonía se constituye siempre como un proceso activo y dinámico. En palabras de Raymond Williams, como una relación social que supone “una interconexión y una organización más o menos adecuada de lo que de otro modo serían significados, valores y prácticas separadas e incluso dispares que este proceso activo incorpora a una cultura significativa y a un orden social efectivo” (1980:137) Esto se vincula con lo que decíamos antes acerca de que los significados presentes en la cultura no conforman una estructura o un sistema coherente, como vimos existen códigos contradictorios y de diferentes grados de abstracción y procedencia. No obstante, hay sentidos dominantes que se constituyen como tales en la consolidación misma de la hegemonía. En tal sentido, la hegemonía neoliberal produce y articula ciertos sentidos que se transforman en prevalecientes y que tienen implicancias constitutivas de la “constelación neoliberal”. Por ejemplo, se constituyeron como dominantes sentidos derivados de una concepción del mercado como mecanismo de coordinación social (ante una predicada incapacidad constitutiva del Estado), el individualismo competitivo (en detrimento de experiencias colectivas, cooperativas y solidarias) y el consumidor (en lugar de una ciudadanía participativa). La naturalización de las desigualdades entendidas como producto de las elecciones libres y la disparidad de talentos, y la construcción del pensamiento único vaticinando la muerte de alternativas a la democracia liberal y la

economía de mercado fueron otros aspectos relevantes de la consolidación del neoliberalismo en el plano cultural.

En el contexto de sociabilidad que esbozamos en la primer parte y la hegemonía cultural del neoliberalismo, de todos modos, sectores de la clase trabajadora en la Argentina construyó el conflicto social y la acción colectiva. Esto puede explicarse si retomamos para nuestro caso concreto lo expuesto sobre la posibilidad de estos sectores de movilizar otros sentidos propios de experiencias anteriores y permanentes en el conglomerado de significados mediante los cuales los sujetos construyen sentidos.

En este aspecto es imperiosa la necesidad de estudiar la relación de los sentidos subalternos con los dominantes, y los contextos en que estos códigos que condensan sentidos pueden salir de su ostracismo para incorporarse a procesos subjetivos que los emergen. Sólo de esta manera es posible entender que la hegemonía y los procesos de estructuración que “determinan” (en el concepto de Raymond Williams de que acotan y presionan) no pueden agotar los sentidos ni imponer acciones a los sujetos. Conviene anotar, como el propio Gramsci reconoce, que los sentidos anquilosados en la cultura subalterna pueden ser reaccionarios, pero también pueden servir como elemento significativo de cuestionamiento del *status quo*. La posibilidad de movilizar códigos y la conformación de una configuración subjetiva para experimentar la nueva situación y darle un sentido que habilite la acción de protesta es, creemos, un elemento sumamente importante y denso en términos epistemológicos para la comprensión de la acción.

Si consideramos lo anteriormente expuesto, podemos afirmar que en las nuevas condiciones de sociabilidad trastocadas profundamente en los noventa se abrió un espacio de construcción. Se dislocó la estructura, en palabras de Ernesto Laclau, generando una indeterminación en nuevos espacios que se abrieron a la posibilidad de la praxis en tanto los sentidos dominantes se volvieron menos determinantes, menos únicos y ya no tan evidentes y naturales. Al respecto dicen dos autores sobre el caso argentino en una publicación reciente “A mediados de la década pasada la gente sintió que había un proceso de profundización de la pobreza y que además, no había retorno con respecto a la

desocupación. Algo de la experiencia histórica de los argentinos se había quebrado y había que pensar soluciones alternativas a esto” (Di Marco y Palomino, 2004:37).

La experiencia de la participación en el Movimiento de Desocupados supone la apertura de un espacio de cruce y resignificación de prácticas presentes en los sectores populares sin empleo. En este sentido cabe recordar que los sujetos no realizan esta construcción de sentidos y experiencias colectivas desde un vacío. Por el contrario, perciben, reproducen, crean y construyen los sentidos sedimentados en la cultura desde sus propias experiencias y las formas de apropiación de códigos dominantes varían de acuerdo a los grupos y clases que lo realizan y en el contexto en que son apropiados. De esta manera los códigos para dar sentido que se encuentran en la cultura son actualizados en los procesos subjetivos. La persistencia de estratos fosilizados o latentes que permanecen condensados en espacios subalternos de la cultura posibilitaron a los Desocupados la concreción de una experiencia que recurre a movilizar esos significados sacados de sus anquilosamiento por la necesidad de los sujetos de dar sentidos a nuevos contextos. Esto implica que los sentidos dominantes en la cultura no son meramente internalizados de forma tal que determinan a la subjetividad. Por el contrario, concebimos la existencia de un proceso de asimilación que, a su vez, supone como mediación a determinada configuración subjetiva, la cual en ese proceso se ve rearticulada. Precisamente en este espacio radica la posibilidad de disputar la constitución de sentidos y la funcionalidad del concepto de subjetividad como instancia de mediación entre estructuras y acciones, aunque no desconoce que hay espacios de conformación y reproducción de determinadas subjetividades. Las fisuras en el discurso hegemónico liberal ante la evidencia de consecuencias catastróficas y la construcción de sentidos colectivos recurriendo a la actualización de viejas formas de dar sentido fueron, entonces, condición de posibilidad de las acciones colectivas protagonizadas por desocupados en Argentina.

La necesidad de enfrentar el deterioro de las condiciones de los hogares del conurbano es un elemento de motivación para “salir” y encontrar redes que posibiliten el acceso a

recursos⁵. Esta línea argumentativa se refuerza con la constatación de que fueron las mujeres con hijos a cargo, en su mayoría, las primeras en ingresar y conformar las organizaciones de desocupados. Ahora bien, lo anterior no explica por qué la estrategia contempla la participación en organizaciones de desocupados y no recurriendo a otras instancias propias de asistencia social como las importantes redes clientelares del justicialismo bonaerense y la cada vez más creciente presencia de diversas religiones con políticas asistencialistas. Lo cierto es que estas estrategias están presentes en los sectores populares bonaerenses, las redes clientelares no se han roto (aunque si sobre cargado y encontrado “competencia”) y el crecimiento de religiones como las pentecostales es incesante (Semán 2003)

La participación de los desocupados en organizaciones y acciones colectivas es una opción entre otras igualmente válidas en el plano de la “supervivencia” en condiciones deterioradas. Sin embargo, perderíamos de vista un aspecto esencial en las acciones populares protagonizadas por desocupados si restringimos nuestra visión a la “necesidad material”. Precisamente el *plus* presente en la experiencia de las organizaciones de Desocupados se encuentra en constituirse un espacio propicio para resolver o al menos contribuir en un proceso de contención, integración y reconocimiento. Permite la construcción de la palabra de los invisibilizados en el camino de reconstruir lazos sociales en un nuevo contexto. De esta manera la reconfiguración de las subjetividades colectivas, en tanto formas de dar sentido, aparece como un clivaje para la comprensión del fenómeno en cuestión, porque nos proveería algunas claves para analizar las transformaciones colectivas propias de la participación de una experiencia como la que albergan en su seno las organizaciones de Desocupados.

⁵ En principio la necesidad de garantizar una parte del ingreso de los hogares impulsó a amplios sectores a construir respuestas colectivas que se articularon; a) sobre algunas experiencias comunitarias previas y b) recurriendo a nuevos espacios organizacionales que en vista a la crisis de representación algunos núcleos militantes constituyeron.

Ahora bien, la capacidad de movilización de los primeros grupos de desocupados en el conurbano se constituyó en el marco de la reestructuración de las clases subalternas en Argentina profundizado en la década del noventa que tuvo un impacto crucial en la posibilidad de acción. Por otra parte, otro de los elementos relevantes que ayuda a comprender la capacidad de acción y vinculada a la movilización/configuración de subjetividades es la articulación de la demanda-eje de la movilización. La consigna de “Trabajo genuino” que sintetiza la orientación del reclamo de casi todos los movimientos de desocupados adquiere un notable sentido en un contexto de quiebre entre las expectativas y representaciones sociales de la clase trabajadora tradicional en Argentina y la experimentación de esos mismos sujetos de esas nuevas relaciones sociales estructuradas tan lejanas a las antaño. Es decir, ciertos tramos de la subjetividad movilizadora para dar sentido comenzaron a ser desmoronados por una realidad social que distaba mucho de dejarse leer con los viejos esquemas populares. Esto fue especialmente notable en el conglomerado de desocupados proveniente de sectores obreros tanto en el interior del país como en el Gran Buenos Aires. El imaginario de la integración social por el empleo formal y las expectativas de bienestar (y ascenso social) que fueron ejes de gran parte de la clase obrera se hizo añicos ante una situación social que presentaba el deterioro de las condiciones y posibilidades de empleo⁶. En este contexto adquiere relevancia la disputa por la producción de sentidos en disputa, especialmente, el de “trabajo” como significante movilizante. La demanda de “trabajo” supone por un lado una continuidad con experiencias, representaciones e imaginarios populares (el trabajo como derecho) y por otro lado interpelaba al orden social manifestándole una demanda que choca con la imposibilidad estructural del sistema de satisfacerla. De allí lo conflictivo y la radicalidad, al menos inicial, del movimiento de desocupados en tanto

⁶ Como correlato de la nueva situación de permanecer sin empleo, los trabajadores involucrados también perdieron con sus trabajos la forma clásica de participación política de la clase en Argentina, se quedaron sin la posibilidad de sindicalizarse.

instaló sobre un reclamo construido como “legítimo” sentidos que habilitaron la acción colectiva, en un orden social en que la demanda era imposible de satisfacer.

En esta perspectiva, decíamos, nos encontramos con dos procesos simultáneos y convergentes. Por un lado el debilitamiento y la fractura del discurso dominante; por otro la posibilidad de la movilización de códigos que atribuyen sentidos alternativos a determinados contextos, abriendo así un campo de disputa. Un informe presentado por PIMSA en 1998 sobre un estudio en La Matanza, evidencia la ruptura de una visión individual de la desocupación en tanto dos tercios de los encuestados no estaba de acuerdo en considerar que la desocupación era culpa de quien la padece por no haberse preparado o esforzado lo suficiente. Esta construcción de sentido que se asocia al imaginario de un derecho al trabajo es clave, como se ha explicado, para explicar la emergencia de la acción.

La posibilidad de poner en marcha la acción colectiva por parte de ciertas configuraciones colectivas depende del tipo de significados que construya y de los contextos para su desarrollo. La reterritorialización de un sector de la clase trabajadora en Argentina, decíamos, introdujo una nueva significación del barrio como espacio de construcción de lazos sociales. Este aspecto es sumamente relevante puesto que la destrucción de algunas pertenencias colectivas, ligadas, por ejemplo al puesto de empleo tuvieron como contraparte la emergencia nodal de otras experiencias también colectivas que se mantenían subalternas y que ya no tenían epicentro en la fábrica sino que se inscribían en los nuevos territorios de clase: el barrio. Estas organizaciones se hicieron cargo también de articular sus acciones tomando la demanda de trabajo como ejes de sus acciones. Esto nos ayuda a comprender por que en las organizaciones de desocupados en el Gran Buenos Aires han sido las mujeres y los jóvenes los que han tenido la iniciativa en la construcción de organizaciones. En definitiva, eran los que habían experimentado por más tiempo los lazos construidos en el territorio y podían desembarazarse más fácil de los resabios culpógenos de asumirse como sin empleo. La desterritorialización del

trabajo y la nueva territorialización puso en el centro de las relaciones sociales las experiencias comunitarias existentes en el conurbano bonaerense especialmente vinculadas a las formaciones de los asentamientos en los años ochentas y las Comunidades Eclesiales de Base. Esto daría cuenta de las dos vertientes de las organizaciones de desocupados que germinaron en La Matanza, el origen de los MTD hacia 1995 a partir de la iniciativa de militantes políticos sin pertenencia partidaria (guevaristas, peronistas, cristianos) y de las organizaciones como la FTV y la CCC proveniente de las experiencias de los asentamientos.

Es decir, el nuevo contexto de matriz territorial en la que gran parte de la clase obrera resignificó sus sentidos se constituyó la posibilidad de articular respuestas nutriéndose de aspectos organizativos y saberes militantes de otras experiencias subalternas presentes en el barrio. Estos dos espacios de experiencias (las tomas de tierras y las prácticas militantes) contribuyeron con el suministro de recursos materiales y simbólicos, sentidos, argumentos y tiempo para sostener, en particular en los inicios, la conformación del movimiento de desocupados.

Desde las experiencias previas y movilizándolo sentidos que disputaban con los dominantes es que se puede hablar de la producción social del conflicto. Esta idea va en consonancia a una ruptura de la mecánica asociación entre deterioro de condiciones de vida y acción colectiva. Una vez identificado un agravio, la lesión de un derecho considerado como legítimo, como es al “trabajo” y el soporte de experiencias organizativas previas, es necesario un doble movimiento. Construir una alteridad (o varias) y encontrar una forma de relacionarse con ella.

La construcción del “Otro” de los Desocupados reconoce varias dimensiones a las que le corresponden transitoriamente distintas interacciones; clases medias, comerciantes, la policía, y el gobierno. Indudablemente este último adquiere una relevancia significativa aunque con una complejidad extra. Al gobierno se lo identifica como causante del agravio y a la vez como responsable de ofrecer una solución. La relación con el gobierno que gestiona recursos de los distintos niveles de la administración estatal se establece por

un lado en la confrontación y por el otro en la interacción necesaria en la administración e implementación de los planes sociales. El gobierno oscila coyunturalmente y contemporáneamente entre el rol de interlocutor y en el de enemigo (yt ahora también de “aliado”).

A la progresiva ruptura de la constelación simbólica neoliberal hegemónica y las experiencias que pudieron movilizarse para construir el conflicto y a la identificación de un interlocutor-enemigo es necesario sumar un aspecto relacionado con la forma de lucha. Las organizaciones de desocupados en Argentina comenzaron a gestarse hacia 1995, no obstante estas no se hicieron visibles hasta que reconstruyeron un repertorio de acción colectiva que le otorgó visibilidad, capacidad estratégica y que aportó en la dirección de construir nuevos sentidos, estamos hablando, claro, del piquete. Es evidente que el piquete es una vieja forma de lucha del movimiento obrero y tiene a su hermana la barricada como protagonistas de gestas históricas. No obstante, la apropiación y resignificación del piquete por parte de los Desocupados en el Conurbano contribuyó a su consolidación. No sólo les otorgó visibilidad, sino que les significó la posibilidad de obtener recursos con lo cual sostener a las organizaciones y generar nuevas acciones colectivas de matriz comunitaria (comedores, panaderías, huertas orgánicas, herrerías, bloqueras, merenderos, etc.)

La puesta en movimiento de los Desocupados propone una dinámica de implica la constante construcción de subjetividades colectiva en donde las acciones colectivas son constitutivas. La reapropiación de la propia práctica, la representación de las alteridades y sus acciones, las experiencias compartidas en nuevos espacios comunitarios sean estos de confrontación o cotidianos son parte de la conformación de un nuevo sujeto en la política que disputa por el orden social. Esto no implica necesariamente adscribirle al movimiento de Desocupados un rol de sujeto de cambio social. Como movimiento social reivindicativo la importancia de los Desocupados radica en presentar una de las experiencias de clase más relevantes en los últimos años en los últimos años, y cuyas

potencialidades deberían ser seriamente investigadas en profundidad. En especial la compleja relación entre su faz reivindicativa y la posibilidad de construir proyectos de sociedad alternativos.

Como todo fenómeno social, histórico, político y cultural el proceso de movilización de los Desocupados en Argentina es multidimensional y en lugar de buscar agotar las distintas esferas analíticas. Lo que intentamos esbozar es una línea de investigación poco desarrollada que tiene que ver con las configuraciones subjetivas y el papel de los sentidos en la posibilidad de acción, y como la construcción subjetiva y de representaciones sociales se articulan con los elementos culturales, organizativos y las acciones de otros actores sociales (gobierno, partidos, sindicatos, medios). Si hemos avanzado, aunque sea un paso, en la problematización de los nuevos espacios de conformación de la clase trabajadora y sus experiencias colectivas en Argentina, podemos darnos por satisfechos.

BIBLIOGRAFIA

- ASPIAZU, D. BASUALDO E. y KHAVISSE. (1986) *El nuevo poder económico de la Argentina en los años 80*. Editorial Legas, Buenos Aires
- AUYERO, Javier (2002) *Retratos de la beligerancia popular*. Libros del Rojas, Buenos Aires.
- BAYÓN, María Cristina (2003) “La erosión de las certezas previas: significados, percepciones e impactos del desempleo en la experiencia argentina” *Revista Perfiles Latinoamericanos*. FLACSO, México.
- BECCARIA, Luis y MAURIZIO, Roxana (2004) “Inestabilidad laboral en el Gran Buenos Aires”. En *El Trimestre Económico*, FCE, México
- BRUNNER, Joaquín (1992) *América Latina, cultura y modernidad*. Grijalbo-CONACULTA. México
- CASTEL, Robert (1997) *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires.
- DE LA GARZA, Enrique (2001) “Subjetividad, cultura y estructura”. *IZTAPALAPA* N° 50. México.
- GALAFASSI, Guido (2002) “Tribulaciones, lamentos y ocasos de un tonto país imaginario. El mercado como único y último sentido posible” *Revista THEOMAI*. Número especial de Invierno Universidad Nacional de Quilmes.
- GORZ, André (2001) *Adiós al proletariado (Más allá del socialismo)*. El viejo Topo. Barcelona.
- GRAMSCI, Antonio (1977) *Antología*. Selección de Manuel Sacristán. Siglo XXI, Madrid
- GRASSI, Estela (2002) *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*. Espacio, Buenos Aires,
- LACLAU, Ernesto (2003) Conferencia en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Julio.

- LACLAU, Ernesto y Chantal MOUFFE (1987) *Hegemonía y estrategia socialista*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- LIPOVESKY, Gilles (1986) *La era del Vacío*. Anagrama. Barcelona.
- OFFE, Claus. (1989), *Las contradicciones del Estado de Bienestar*, Alianza Editorial, Madrid
- PALOMINO, Héctor (2002) “Los efectos de la apertura comercial sobre las relaciones laborales en Argentina” En De la Garrza Toledo, E y Salas, C. (comp.) *NAFTA y MECOSUR: Procesos de apertura económica y trabajo*. CLACSO, Buenos Aires.
- PALOMINO, Héctor (2003) “Las experiencias actuales de autogestión en Argentina” En *Nueva Sociedad* Núm. 184. Marzo-Abril.
- PORTES, A. y HOFFMAN, K. (2003): “La estructura de clases en América Latina: composición y cambios durante la era neoliberal”. *Desarrollo Económico- Revista de Ciencias Sociales*. N° 171, Vol. 43. Ed. IDES, Buenos Aires
- RANCIERE, Jacques (1996) *El desacuerdo. Filosofía y Política*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- RIFKIN, Jeremy (1996) *El fin del trabajo*. Paidós, Barcelona
- SCRIBANO, A. y SCHUSTER, F. (2001) “Protesta social en la Argentina de 2001. entre la normalidad y la ruptura” en *Observatorio Social de América Latina (OSAL)* N° 5.
- SEMAN, Pablo (2003) “El pentecostalismo y la religiosidad de los sectores populares”. En Maristella Svampa (ed.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. UNGS-Biblos. Buenos Aires.
- SPALTEMBERG, Ricardo, y MACEIRA, V. (2001) “Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina” *Observatorio Social de América Latina. (OSAL)* N° 5.
- SVAMPA, Maristella. (2001) *Los que ganaron. La vida en los countries y en los barrios privados*. Biblos. Buenos Aires.
- WILLIAMS, Raymond (1980) *Marxismo y literatura*. Península, Barcelona.
- ZEMELMAN, Hugo. (1992) *Los Horizontes de la Razón*. Madrid: Anthropos, México